

da, pues no conserváis las figuras que os pone. Y aun hay quien con azafrán muda de su color los cabellos. Afréntanse de su nación: duélense por no haber nacido alemanas, ó inglesas: y así procuran desnaturalizarse en el cabello siquiera. Mal agüero se hacen colorando su cabeza de fuego. Persuádense, que les está bien lo que ensucian. Y cierto las cabezas mismas padecen daño con la fuerza de las lejías. Y cualquier agua, aunque sea pura, acostumbrada en la cabeza, destruye el cerebro y más el ardor del sol con que secan el cabello y le avivan. Qué hermosura puede haber en daño semejante, ó qué belleza en una suciedad tan enorme? Poner la cristiana en su cabeza azafrán, es como ponerlo al ídolo en el altar. Porque en todo lo que se ofrece á los espíritus malos, sacados los usos necesarios y saludables á que Dios lo ordenó, el usar de ello puede ser habido por cultura de ídolos. Mas dice el Señor (Matth. c. v, v. 36.): *Quién de vosotras puede mudar su cabello ó de negro en blanco, ó de blanco en negro?* Quién? Estas que desmienten á Dios. Veis, dicen, en lugar de hacerle negro blanco, le hacemos rubio, que es mudanza más fácil. De más de que también procuran de mudarle de blanco en negro, las que les pesa de haber llegado á ser viejas. Oh destino! oh locura! que se tiene por vergonzosa la edad deseada, que no se esconde el deseo de hurtar de los años, que se desea la edad pecadora! Que se repara y se remienda la ocasión del mal hacer! Dios os libre á las que sois hijas de la sabiduría, de tan gran necedad. La vejez se descubre más, cuando más se procura encubrir. Esa debe de ser sin duda la eternidad que se nos promete, traer moza la cabeza? Esa la incorruptibilidad de que nos vestiremos en la casa de Dios? La que da la inocencia? Bien os dais prisa al Señor, bien os apresuráis por salir de este malvado siglo, las que tenéis por feo el estar vecinas á la salida. A lo ménos decidme, de qué os sirve esta pesadumbre de aderezar la cabeza? Por qué no se les permite que reposen á vuestro cabellos? Ya trenzados, ya sueltos, ya derramados, ya levantados en alto. Unas gustan de recogerlos en trenzas, otras los dejan andar sin orden, y que vuelen lijeros con sencillez nada buena. Otras demás de esto les añadís, y apegais no sé qué monstruosas demasías de cabellos postizos, formados á veces como chapeo, ó como

vaina de la cabeza, ó como cobertera de vuestra mollera, á veces echados á las espaldas, ó sobre la cerviz empinados. Maravilla es, cuanto procurais estrellaros con Dios, contradecir sus sentencias. Sentenciado está (Matt. c. vi, v. 27.), *que ninguno puede acrecentar su estatura.* Vosotras si no á la estatura, á lo menos añadís al peso, poniendo también sobre vuestras caras y cuellos, no sé qué costras de saliva y de masa. Si no os avergonzáis de una cosa tan desmedida, avergonzaos siquiera de una cosa tan sucia. No pongáis como iguales sobre vuestra cabeza santa y cristiana, los despojos de otra cabeza por ventura sucia, por ventura criminosa y ordenada al infierno. Antes alanzad de vuestra cabeza libre, esa como postura servil. En balde os trabajáis por parecer bien tocadas: en balde os servís en el cabello de los maestros que mejor lo aderezan, que el Señor manda (1. ad Cor. c. xi, v. 6.), que le cubráis. Y creo que lo mandó, porque algunas de vuestras cabezas jamás fuesen vistas. Plega á Él, que yo el más miserable de todos, en aquel público y alegre día del regocijo cristiano, alce la cabeza siquiera puesto á vuestros piés: que entonces veré si resucitáis con albayalde, con colorado con azafrán, con esos rodetes de cabeza. Y veré si á la que saliere así pintada, la subirán los ángeles en las nubes al recibimiento de Cristo. Si son estas cosas buenas, si son de Dios, también entonces se vendrán á los cuerpos y resucitarán, y cada una conocerá su lugar. Pero no resucitarán más de la carne y el espíritu puros. Luego las cosas que ni resucitarán con el espíritu ni con la carne, porque no son de Dios, condenadas son. Absteneos pues de lo que es condenado. Tales os vea Dios agora, cuales os ha de ver entonces. Mas diréis, que yo como varón, y como de linaje contrario vedo lo lícito á las mujeres. Como si permitiese yo algo de esto á los hombres. Por ventura el temor de Dios y el respeto de la gravedad que se debe, no quita muchas cosas á los varones también? Porque sin ninguna duda así á los varones por causa de las mujeres, como á las mujeres por contemplación de los hombres, les nace de su naturaleza viciosa el deseo de bien parecer. Que también nuestro linaje sabe hacer sus embustes, sabe atusarse la barba, entresacarla, ordenar el cabello, componerle, y dar color á las canas: quitar luégo que comienza á

nacer el vello del cuerpo, pintarles en partes con afeites afeinados, y en partes alisarle con polvos de cierta manera: sabe consultar el espejo en cualquiera ocasión, mirarse en él con cuidado. Mas la verdad es, que el conocimiento que ya profesamos de Dios, y el despojo del desear aplacer, y la pausa que prometemos de los excesos viciosos, huye de estas cosas todas, que en sí no son de fruto, y á la honestidad hacen notable daño. Porque adonde Dios está, allí está la limpieza, y con ella la gravedad ayudadora y compañera suya. Pues ¿cómo seremos honestos si no curamos de lo que sirve á la honestidad como propio instrumento, que es el ser graves? O cómo conservaremos la gravedad maestra de lo honesto y de lo casto si no guardamos lo severo, así en la cara como en el aderezo, como en todo lo que en nuestros ojos se ve? Por lo cual también en los vestidos poned tasa con diligencia, y deseched de vosotras y de ellos las galas demasadas. Porque qué sirve traer el rostro honesto y aderezado con la sencillez que pide nuestra profesión y doctrina, y lo demás del cuerpo rodeado de esas burlerías de ropas agironadas, y pomposas, y regaladas? Que fácil es de ver, cuán junta anda esa pompa con la lascivia, y cuan apartada de las reglas honestas, pues ofrece al apetito de todos la gracia del rostro ayudada con el buen atavío. Tanto que si esto falta no agrada aquello, y queda como descompuesto y perdido. Y al revés cuando la belleza del rostro falta, el lucido traje cuasi suple por ella. Aun á las edades quietas ya, y metidas en el puerto de la templanza, las galas de los vestidos lucidos y ricos las sacan de sus casillas, é inquietan con ruines deseos su madurez grave y severa, pesando más el sainete del traje, que la frialdad de los años. Por tanto, benditas, lo primero, no deis entradas en vosotras á las galas y riquezas de los vestidos, como á rufanes, que sin duda son, y alcahuetes. Lo otro, cuando alguna usare de semejantes arreos, forzándola á ello, ó su linaje, ó sus riquezas, ó la dignidad de su estado; use de ellos con moderación cuánto le fuere posible, como quien profesa castidad y virtud, y no dé riendas á la licencia, con color que le es fuerza. Porque ¿cómo podremos cumplir con la humildad que profesamos los que somos cristianos, si no cobijáis como con tierra el uso de vuestras riquezas y galas, que sirve á la vana-

gloria? Porque la vanagloria anda con la hacienda. Mas diréis: No tengo de usar de mis cosas? Quién os lo veda que uséis? Pero usad conforme al Apóstol que nos enseña (I. ad Cor. c. vii, vv. 29, 30, 31.), que usemos de este mundo, como si no usásemos de él. Porque, como dice, *todo lo que en él se parece, vuela. Los que compraren, dice, compren como si no poseyesen.* Y esto por qué? Porque había dicho primero: *El tiempo se acaba.* Y si el Apóstol muestra que aun las mujeres han de ser tenidas, como si no se tuviesen, por razón de la brevedad de la vida; qué será de estas sus vanas alhajas? Por ventura muchos no lo hacen así, que se ponen en vida casta por el reino del cielo, privándose de su voluntad del deleite permitido y tan poderoso? No se ponen entredicho algunos de las cosas que Dios cria, y se contienen del beber vino, y se destierran del comer carne, aunque pudieran gozar de ello sin peligro, ni solicitud, pero hacen sacrificio á Dios de la afición de sí mismos, en la abstinencia de los manjares? Harto habéis gozado ya de vuestras riquezas y regalos: harto del fruto de vuestros dotes. Habéis por caso olvidado lo que os enseña la voz de salud (I. ad Cor. c. x, v. 11.)? Nosotros somos *aquellos en quien vienen á concluirse los siglos.* Nosotros, á los que siendo ordenados de Dios antes del mundo, para sacar provecho y para dar valor á los tiempos, nos enseña el mismo que castigemos, ó como si dijésemos, que castremos el siglo. Nosotros somos la circuncisión general de la carne y del espíritu, porque cercenamos todo lo seglar del alma y del cuerpo. Dios sin duda nos debió de enseñar cómo se cocerían las lanas, ó en el zumo de las yerbas, ó en la sangre de las ostras. Olvidósele, cuando lo crió todo, mandar que naciesen ovejas de color de grana ó moradas. Dios debió de inventar los telares, do se tejen y labran las telas, para que labrasen y tejiesen telas delicadas, y ligeras, y pesadas en solo el precio. Dios debió de sacar á luz tantas formas de oro, para luz y ornamento de las piedras preciosas. Dios enseñaría horadar las orejas con malas heridas, sin tener respeto al tormento de su criatura, ni al dolor de la niñez que entonces se comienza á doler, para que de aquellos agujeros del cuerpo, soldadas ya las heridas, cuelguen no sé qué malos granos. Los cuales los Partos se engieren por todo el cuerpo en lugar

de hermosura. Y aun hay gentes, que al mismo oro de que hacéis honra y gala vosotras, le hacen servir de prisiones, como en los libros de los gentiles se escribe. De manera que estas cosas por ser raras son buenas, y no por sí. La verdad es, que los ángeles malos fueron los que las enseñaron, ellos descubrieron la materia, y los mismos demostraron el arte. Juntóse con el ser raro la delicadeza del artificio, y de allí nació el precio, y del precio la mala codicia que de ello las mujeres tienen, las cuales se pierden por lo precioso y costoso. Y porque estos mismos ángeles, que descubrieron los metales ricos, digo la plata y el oro, y que enseñaron cómo se debían labrar, fueron también maestros de las tinturas, con que los rostros se embellecen y se coloran las lanas, por eso fueron condenados de Dios, como en Enoch se refiere. Pues en qué manera agradaríamos á Dios si nos preciamos de las cosas de aquellos, que despertaron contra sí la ira y el castigo de Dios? Mas háyalo Dios enseñado, háyalo permitido, nunca Isaías (Isai. c. iii.) haya dicho mal de las púrpuras, de los joyeles, nunca haya embotado las ricas puntas de oro; pero no por eso haciendo lisonja á nuestro gusto, como los gentiles lo hacen, debemos tener á Dios por maestro y por inventor de estas cosas, y no por juez y pesquisador del uso de ellas. Cuánto mejor, y con más aviso andaremos si presumiéremos que Dios lo proveyó todo, y lo puso en la vida para que hubiese en ella alguna prueba de la templanza de los que le siguen! De manera que en medio de la licencia del uso, se viese por experiencia el templado. Por ventura los señores que bien gobiernan sus casas, no dejan de industria alguna cosa á sus criados, y se las permiten para experimentar en qué manera usan de ellas, si moderadamente, si bien? Pues qué loado es allí el que se abstiene de todo, el que se recela de la condescendencia del amo? Así pues, como dice el Apóstol (I. ad Cor. c. x, v. 25.): *Todo es lícito, pero no edifica todo*. El que se recelare en lo lícito, cuánto mejor temerá lo vedado? Decidme, qué causa tenéis para mostraros tan enjaezadas, pues estáis apartadas de lo que á las otras las necesita? Porque ni vais á los templos de los ídolos, ni salís á los juegos públicos, ni tenéis que ver con los días de fiesta gentiles: que siempre por causa de estos ayuntamientos, y por razón de ver y de ser vistas,

se sacan á plaza las galas: ó para que negocie lo deshonesto, ó para que se engría lo altivo, ó para hacer el negocio de la deshonestidad, ó para fomentar la soberbia. Ninguna causa tenéis para salir de casa, que no sea grave y severa, que no pida estrechez y encogimiento. Porque, ó es visita de algún fiel enfermo, ó es ver la misa, ó el oír la palabra de Dios. Cada cosa de estas es negocio santo y grave, y negocio para que no es menester vestido y aderezo, ni extraordinario, ni pulido, ni disoluto. Y si la necesidad de la amistad, ó de las buenas obras, os llama á que veais las infieles: pregunto ¿por qué no iréis aderezadas de lo que son vuestras armas por eso mismo, porque vais á las que son ajenas de vuestra fe, para que haya diferencia entre las siervas del demonio y de Dios? Para que les sea como ejemplo, y se edifiquen de veros? Para que, como dice el Apóstol (I. ad Cor. c. vi, v. 20.), *sea Dios ensalzado en vuestro cuerpo?* y es ensalzado con la honestidad y con el hábito que á la honestidad le conviene. Pero dicen algunas: Antes porque no blasfemen de su nombre en nosotras, si ven que quitamos algo de lo antiguo que usábamos. Luego ni quitemos de nosotros los vicios pasados. Seamos de unas mismas costumbres, pues queremos ser de un mismo traje: y entonces ¿con verdad no blasfemarán de Dios los gentiles? Gran blasfemia es por cierto que se diga de alguna que anda pobre, después que es cristiana! Temerá nadie de parecer pobre, después que es más rica, ó de parecer sin aseo, después que es más limpia? Pregunto, á los cristianos cómo les convienen que anden, conforme al gusto de los gentiles, ó conforme al de Dios? Lo que tenemos de procurar es, no dar causa á que con razón nos blasfemen. Cuanto será más digno de blasfemia, si las que sois llamadas sacerdotas de honestidad, salís vestidas y pintadas como las deshonestas se visten y afeitan! O qué más hacen aquellas miserables, que se sacrifican al público deleite y al vicio, á las cuales si antiguamente las leyes las apartaron de las matronas, y de los trajes que las matronas usaban, ya la maldad de este siglo, que siempre crece, las ha igualado en esto con las honestas mujeres, de manera que no se pueden reconocer sin error. Verdad es, que las que se afeitan como ellas, poco se diferencian de ellas. Verdad es, que los afeites de la cara, las Escrituras

nos dicen, que andan siempre con el cuerpo burdel, como debidos á él, y como sus allegados. Que aquella poderosa ciudad, de quien se dice (Apoc. c. xvii.), que preside sobre siete montes, y quien mereció que la llamase ramera Dios, con qué traje, veamos, corresponde á su nombre? En carmesí se asienta sin duda, y en púrpura, y en oro, y en piedras preciosas, que son cosas malditas, y sin que pintada ser no pudo, la que es ramera maldita. La Tamar porque se engalanó y se pintó (Gen. c. xxxviii.), por eso á la sospecha de Judas fué tenida por mujer que vendía su cuerpo. Y como la encubría el rebozo, y como el aderezo daba á entender ser ramera, hizo que la tuviesen por tal. Quísola, y recuéstola, y puso su concierto con ella: de adonde aprendemos, que conviene en todas maneras cortar el camino, aun á lo que hace mala sospecha de nosotros. Que ¿por qué la entereza del ánima casta ha de querer ser manchada con la sospecha ajena? Por qué se esperará de vos, lo que huis como la muerte? Por qué mi traje no publicará mis costumbres? Para que por lo que el traje dice, no ponga llaga la torpeza en el alma, y para que pueda ser tenida por honesta, la que desama el ser deshonesto. Mas dirá por caso alguna: No tengo necesidad de satisfacer á los hombres, ni busco el ser aprobada de ellos, Dios es el que ve el corazón. Todos sabemos eso: mas también nos acordamos de lo que Él mismo por su Apóstol escribe (I. ad Philip. c. iv, v. 5.): *Vean los hombres que vivís bien*. Y para qué? sino para que la mala sospecha no os toque, y para que seais buen ejemplo á los malos, y ellos os den testimonio. O qué es, si esto no es (Matth., c. v.): *Resplandezcan vuestras buenas obras*? O para qué nos llama el Señor *luz de la tierra*? Para qué nos compara á *ciudad puesta en el monte*, si nos sumimos, y lucir no queremos en las tinieblas? Si escondiéredes debajo del celemin la candela de vuestra virtud, forzoso será quedaros á oscuras, y de fuerza estropezarán en vosotras diversas gentes. Las obras de buen ejemplo, esas son las que nos hacen lumbreras del mundo: que el bien entero y cabal no apetece lo oscuro, antes se goza en ser visto, y en ser demostrado se alegra. A la castidad cristiana no le basta ser casta, sino parecer también que lo es. Porque ha de ser tan cumplida, que del anima mane al vestido, y del secreto de la con-

ciencia salga á la sobrehaz, para que se vean sus alhajas de fuera, y sean cual convienen ser para conservar perpetuamente la fe. Porque conviene mucho, que desechemos los regalos muelles, porque su blandura y demasia excesiva afeminan la fortaleza de la fe, y la enflaquecen. Que cierto no sé yo, si la mano acostumbrada á vestirse del guante, sufrirá pasmarse con la dureza de la cadena. Ni se si la pierna hecha al calzado bordado, consentirá que el cepo la estreche. Temo mucho, que el cuello embarazado con los lazos de las esmeraldas y perlas, no dé lugar á la espada. Por lo cual, benditas, ensayémonos en lo más áspero y no sentiremos. Dejemos lo apacible y alegre, y luégo nos dejara su deseo. Estemos aprestadas para cualquier suceso duro, sin tener cosa que temamos perder. Que estas cosas ligaduras son, que detienen nuestra esperanza. Desechemos las galas del suelo si deseamos las celestiales. No améis el oro, que fué materia del primer pecado del pueblo de Dios. Obligadas estáis á aborrecer lo que fué perdición de aquella gente, lo que apartándose de Dios adoró. Y aun ya desde entonces el oro es yesca del fuego. Las sienes y frentes de los cristianos en todo tiempo, y en este principalmente; no el oro, sino el hierro la traspasa y enclava: las estolas del martirio nos están prestas, y á punto. Los ángeles las tienen en las manos para vestírnoslas. Salid, salid aderezadas con los afeites y con los trajes vistosos de los Apóstoles. Ponéos el blanco de la sencillez, el colorado de la honestidad, alcoholad con la vergüenza los ojos, y con el espíritu modesto y callado. En las orejas poned como arracadas las palabras de Dios. Anudad á vuestros cuellos el yugo de Cristo. Sujetad á vuestros maridos vuestras cabezas, y quedaréis así bien hermosas. Ocupad vuestras manos con la lana, enclavad en vuestra casa los piés, y agradarán más así, que si los cercásedes de oro. Vestid seda de bondad, holanda de santidad, púrpura de castidad y pureza, que afeitadas de esta manera, será vuestro enamorado el Señor. » — Esto es de Tertuliano.

Mas no son necesarios los arroyos, pues tenemos la voz del Espíritu santo, que por la boca de sus Apóstoles San Pedro y San Pablo condena este mal clara y abiertamente. Dice San Pedro (I. Pet., c. iii, vv. 3, 4, 5). «Las mujeres estén su-

jetas á sus maridos, las cuales ni traigan por defuera descubiertos los cabellos, ni se cerquen de oro, ni se adornen con aderezo de vestiduras precioso; sino su aderezo sea en el hombre interior, que está en el corazón escondido, la entereza, y el espíritu quieto y modesto, el cual es de precio en los ojos de Dios: que de esta manera en otro tiempo se aderezaban aquellas santas mujeres.» Y San Pablo escribe semejantemente (I. ad Timoth., c. II, v. 9): «Las mujeres se vistan decentemente, y su aderezo sea modesto y templado, sin cabellos encrespados, y sin oro, y perlas, y sin vestiduras preciosas, sino cual conviene á las mujeres que han profesado virtud y buenas obras.» Este pues sea su verdadero aderezo, y para lo que toca á la cara hagan, como hacía alguna señora de este reino. Tiendan las manos, y reciban en ellas el agua sacada de la tinaja, que con el aguamanil su sirviente les echare, y llévenla al rostro, y tomen parte de ella en la boca, y laven las encías, y tornen los dedos por los ojos, y llévenlos por los oídos, y detrás de los oídos también, y hasta que todo el rostro quede limpio no cesen; y después dejando el agua, límpiense con un paño áspero, y queden así más hermosas que el sol. Añade:

§. XIII.

La buena mujer ha de ser dicha, gloria, feliz, suerte y bendición de su marido.

Señalado en las puertas su marido, cuando se asentare con los gobernadores del pueblo.

En las puertas de la ciudad eran antiguamente las plazas, y en las plazas estaban los tribunales y asientos de los jueces, y de los que se juntaban para consultar sobre el buen gobierno y regimiento del pueblo. Pues dice, que en las plazas y lugares públicos, y á donde quiera que se hiciese junta de hombres principales, el hombre, cuya mujer fuere cual es la que aquí se dice, será por ella conocido, y señalado, y preciado entre todos. Y dice esto Salomón, ó en Salomón el Espíritu santo, no sólo para mostrar cuánto vale la virtud de la

buena, pues da honra á sí, y ennoblece á su marido; sino para enseñarle en esta virtud de la perfecta casada, de que vamos hablando, que es lo sumo de ella, y la raya hasta donde ha de llegar, que es el ser corona, y luz, y bendición, y alteza de su marido. Pues es así, que todos conocen, y acatan, y reverencian, y tienen por dichoso y bienaventurado al que le ha cabido esta buena suerte. Lo uno, por haberle cabido: porque no hay joya, ni posesión tan preciosa, ni envidiada como la buena mujer. Y lo otro, por haber merecido que le cupiese: porque así como este bien es precioso, y raro, y don propiamente dado de Dios; así no le alcanzan de Dios, sino los que temiéndole, y sirviéndole, se lo merecen, con señalada virtud. Así lo testifica el mismo Dios en el Eclesiástico (Eccli., c. XXVI, v. 3). *Suerte buena es la mujer buena, y es parte de buen premio de los que sirven á Dios, y será dada al hombre por sus buenas obras.* De arte que el que tiene buena mujer, es estimado por dichoso en tenerla, y por virtuoso en haberla merecido tener. De donde se entiende, que el carecer de este bien, en muchos es por su culpa de ellos. Porque á la verdad, el hombre vicioso y distraído, y de aviesa y revesada condición, que juega su hacienda, y es un león en su casa, y sigue á rienda suelta la deshonestidad, no espere, ni quiera tener buena mujer: porque ni la merece, ni Dios la quiere á ella tan mal, que la quiera juntar á compañía tan mala: y porque él mismo con su mal ejemplo, y vida desvariada la extraiga y corrompe. Pero torna Salomón á lo casero de la mujer, y dice:

§. XIV.

La industria y cuidado de la buena casada han de llegar, no sólo á lo que basta en su casa, sino aun á lo que sobra.

Lienzo tejió, y vendiéndolo, franjas dió al cananeo.

Cananeo llama al mercader, y al que decimos casero, porque los de aquella nación ordinariamente trataban de esto, como si dijésemos agora, al portugués. Y va siempre añadiendo una virtud á otra virtud, y lleva poco á poco á la mayor perfección esta pintura que hace, y quiere que la indus-